

Mito y rito en el corona-drama internacional*

JEFFREY ALEXANDER EN DIÁLOGO
CON JAVIER PÉREZ JARA

JEFFREY C. ALEXANDER



Catedrático de Sociología en la Universidad de Yale. Trabaja en áreas de la cultura, la política y la teoría social y es fundador y co-director del Centro de Sociología Cultural de Yale, además de co-editor del *American Journal of Cultural Sociology*.

Desde hace varias décadas, y junto con un equipo de excelentes investigadores, Alexander ha desarrollado un nuevo acercamiento a la teoría social llamado "sociología cultural". Entre sus trabajos más influyentes de sociología cultural se cuentan *The Meanings of Social Life: A Cultural Sociology* (2003), *The Civil Sphere* (2006), *Trauma: A Social Theory* (2012), *The Dark Side of Modernity* (2013), y *What Makes a Social Crisis? The Societalization of Social Problems* (2019). Algunos de estos títulos han sido traducidos al español.

*. Traducido por Lino Camprubí.

JAVIER PÉREZ JARA



Profesor de Filosofía, Pensamiento Crítico y Teoría Social en la Universidad de Estudios Extranjeros de Pekín.

Ha realizado estudios postdoctorales en el Departamento de Sociología de la Universidad de Cambridge, y ha sido profesor o investigador invitado en, entre otras, la Universidad de Stanford, la Universidad de Kioto, la Universidad Sangyo de Kioto, la Universidad Aristóteles de Tesalónica, la Universidad de Sevilla, la Universidad Católica Fu Jen, y la Universidad Minzu de China.

Es autor de múltiples publicaciones sobre filosofía y teoría social, entre las que se incluyen aplicaciones de la sociología cultural al Tribunal Russell y al Manifiesto Russell-Einstein por el desarme nuclear. Desde hace años, además, está interesado en los presupuestos filosóficos de la sociología cultural y la sociología de los intelectuales.

Javier Pérez Jara (JPJ)

Es un honor poder hacer esta entrevista, profesor Alexander. Agradezco sinceramente tu participación en este volumen. Si te parece bien, empezaremos hablando de la percepción cultural de la pandemia en Estados Unidos.

ESTADOS UNIDOS: HERIDAS Y FRACTURAS SOCIALES CAUSADAS POR LA PANDEMIA COVID-19

JPJ

Una de las ideas principales de tu teoría del trauma cultural apunta al usual divorcio entre el impacto intrínseco de una catástrofe y su percepción cultural. Para tener éxito, un trauma cultural requiere de multitud de procesos de

narración y significación. Esto diferencia claramente los traumas culturales de los biológicos y los psicológicos. A menudo los traumas culturales requieren años e incluso décadas para imponerse. ¿Qué factores crees que explican la rapidísima construcción de una percepción traumática (incluso apocalíptica) de la COVID-19 tanto dentro como fuera de los Estados Unidos? El corona-drama ha triunfado incluso en lugares con una tasa de mortalidad bajísima, como Taiwán.

Jeffrey Alexander (JA)

No hay un marco de tiempo establecido para la construcción cultural de un trauma colectivo. Un proceso traumático puede ser muy rápido, pero también puede ir en espiral (de hecho, a menudo lo hace), la cual va desplegándose durante un periodo largo con elementos clave del relato traumático siendo presentados de maneras nuevas según van cambiando las circunstancias, los valores y los actores relevantes.

Esto puede verse en las tormentas que se están formando en tu país como consecuencia de la Guerra Civil del 36. Durante la enormemente consecuente transición política a la democracia que comenzó hace 45 años, la abrumadora fuente del trauma cultural se nutría del gobierno opresivo y antidemocrático de Franco. En este contexto se pusieron entre paréntesis las memorias traumáticas individuales y sub-grupales de la Guerra Civil, como demostró en su tesis una de mis primeras alumnas de doctorado en utilizar las ideas de la sociología cultural, Laura Desfor Edles.¹

Ahora que la democracia se ha estabilizado pueden tolerarse la ira y el partidismo, y hay llamadas a enfrentarse a los horribles años de la guerra civil al modo del TRC.² Se ve que el trauma colectivo de la Guerra Civil es una construcción cultural que se expande y contrae según las circunstancias.

Los procesos de trauma implican una dramatización social (*social performance*) que se construye a partir de elementos relativamente independientes entre sí. ¿Quién es el culpable? ¿Quiénes las víctimas? ¿Qué desató el problema? ¿Cómo puede evitarse que vuelva a ocurrir más ("nunca más")? La COVID-19 no ha

1. *Symbol and Ritual in the New Spain. The Transition to Democracy after Franco* (Cambridge University Press, 1998).

2. Baer, Alejandro and. Sznaider, Natan. 2015. "Ghosts of the Holocaust in Franco's Mass Graves. Cosmopolitan Memories and the Politics of Never Again." *Memory Studies* 5[2]: 328-344.

generado un trauma en todos los Estados nación. En Suecia, para bien o para mal, se presentó al público como un serio problema de salud pública, pero no como una pesadilla colectiva que obligara a una reconstrucción radical de la vida social y la identidad colectiva suecas. Como Suecia no estaba preparada para la pandemia, su reacción no traumática llevó a una de las tasas de mortalidad *per cápita* más altas del mundo.

Taiwán representa un ilustrativo contrapunto. Allí también se presentó la epidemia COVID como un problema de salud pública, pero sus élites e instituciones estaban mucho mejor preparadas que las suecas (o que cualquier otra). ¿Por qué? Ming-Cheng Lo and Hsin-yui Hsieh³ han demostrado que Taiwán ya había sufrido una experiencia nacional traumática quince años antes por su fracaso en responder al virus SARS en el 2003. Ante esa experiencia de miedo y humillación nacional, Taiwán inició un proceso de reconstrucción social basado en el consenso anti-partidista sobre la necesidad de reformar la salud pública y las estructuras gubernamentales. Este proceso de años de reparación civil equipó al gobierno democrático de Taiwán para responder con celeridad a la COVID-19, logrando una de las tasas de infección y muerte más bajas del mundo.

Pero es cierto que en la mayoría de los países la pandemia viral ha desatado una ansiedad ontológica acerca de la existencia misma de la sociedad, sobre la identidad colectiva y la solidaridad que en el imaginario colectivo ocupan el centro de la vida nacional. En Estados Unidos, esta ansiedad colectiva ha tomado la forma de un cuestionamiento profundo del relato nacional de la “grandeza”. Desde sus inicios como una colonia asentada en Massachusetts, los norteamericanos se han visto a sí mismos como una nación especial con dones inigualables. El relato sobre el “excepcionalismo americano” ha ocupado el centro de la historiografía, política, literatura y mitos norteamericanos durante 400 años.

Crisis profundas como depresiones económicas y guerras se han interpretado como si socavasen este estatuto especial de nación elegida, y la crisis de la COVID supone uno de estos momentos de ansiedad y estrés. En la mayoría de indicadores, Estados Unidos está en los puestos más bajos del mundo. Esta “puntuación” no es sólo un hecho objetivo; tiene un significado simbólico

3. Ver su contribución “The ‘Societalization’ of Pandemic Unpreparedness: How Taiwan Learned its Lessons” al número especial (“Covid and Cultural Sociology”) del *American Journal of Cultural Sociology* (volume 8, issue 3, December 2020).

profundo, una situación que la mayoría de norteamericanos vive como degradante. Como si la conciencia colectiva de la nación hubiese sido humillada.

La nación americana se pensaba excepcional mucho antes de que fuera una potencia económica, política o cultural. Pero esta auto-percepción se reforzó muchísimo con la posición hegemónica global asumida tras la Segunda Guerra Mundial. Perder la guerra del Vietnam parecía cuestionar ese papel, y el enviste económico de Japón en las décadas de los 70 y 80 agrandaron los temores. Mientras el desafío japonés menguaba, el crecimiento de China en las dos últimas décadas ha intensificado el replanteamiento de la identidad colectiva norteamericana.

Bajo el incompetente y polarizante liderazgo del Presidente Trump, la falta de respuesta ante la COVID ha profundizado estos miedos, disparando un verdadero trauma sobre quiénes somos en cuanto nación. La campaña de Trump en el 2016 prometía “hacer América grande de nuevo”, un reconocimiento implícito de que había dejado de serlo. En la organización de la campaña para la elección, el Presidente trató de reescribir el eslogan en “mantener América grande”. Incluso a medida que la COVID hacía peligrar este relato auto-satisfecho, en el que Trump interpreta el papel del protagonista heroico, el Presidente ha tratado de preservar el relato, primero mediante la negación y después directamente con engañosas proclamaciones de victoria. En los últimos meses de la campaña presidencial, Estados Unidos se encuentra inmerso en una brutal batalla simbólica sobre quién será el encargado de estructurar el trauma del corona-drama en los años venideros.

JPJ

La crisis de la COVID en los Estados Unidos, en tanto corona-drama nacional, ha endurecido las guerras culturales entre los liberales (en el sentido político estadounidense del término) y los conservadores. En medio de esas luchas culturales, tuvo lugar el atroz asesinato de George Floyd. Esto ha generado lo que has llamado, siguiendo a Anthony Fauci, un “doble golpe traumático” (*double whammy trauma*). ¿Puedes explicar esta idea?

JA

Gran parte del excepcionalismo norteamericano ha consistido en la creencia de que la nación es verdaderamente democrática, ofreciendo no sólo libertad

política sino igualdad de oportunidades y pluralismo cultural. Estas creencias se han visto socavadas por una serie de “hechos”, desde que la riqueza de la nación se construyese, en parte, sobre los hombros de los esclavos hasta el intenso nativismo que en los años 20 del pasado siglo llegó a poner freno a 300 años de libre inmigración. Estos hechos no han sustituido la narrativa de la democracia americana, pero desde luego han generado una ola de intensa introspección nacional.

En medio de la ansiedad ontológica desatada por la COVID-19, el terrible asesinato de George Floyd por parte de la policía intensificó la discusión sobre la grandeza americana. Cuando el policía de Minneapolis Derek Chauvin, poco más que un matón autorizado por el Estado, clavó la rodilla en el cuello de George Floyd durante más de ocho minutos, se convirtió en una representación colectiva del racismo que aún persiste en gran parte de la América blanca. La protesta que siguió se convirtió en la más masiva y duradera de las protestas callejeras de Estados Unidos, iniciando un proceso traumático que está muy lejos de ser resuelto.

¿Quién es el criminal? ¿Quién la víctima? ¿Cuál es el daño y que puede hacerse al respecto? Para el centro y la izquierda políticas, el racismo estructural es el delito, los afroamericanos las víctimas, y los racistas blancos los perpetradores; y nada que no sea una reconstrucción nacional radical de la estructura social y cultural evitará que otras ejecuciones sumarásimas similares vuelvan a ocurrir cada poco.

Dentro de este doble golpe traumático, el centro y la izquierda, indignados, han establecido la siguiente analogía semiótica: la COVID es para todos los americanos lo que el racismo es para los afroamericanos. El COVID es una rodilla en “nuestro” cuello igual que el racismo es una rodilla en el cuello de los negros. COVID:estadounidenses :: racismo:negros. La derecha política, con la ayuda de Fox News, webs conservadoras, y la siempre presente teatralización populista de Donald Trump, está articulando un relato del doble trauma de sentido opuesto, donde las víctimas son los policías blancos, los afroamericanos y los liberales blancos los criminales, el trauma son el crimen y la anarquía, y cuatro años más de presidencia de extrema derecha la solución.

Este polarizado proceso traumático se ha convertido sin duda en clave en la interpretación y significación del poder de cara a la campaña presidencial. Si el

Partido Demócrata logra presentar a Trump como co-causante del corona-drama, entonces el presidente podrá ser construido culturalmente como responsable del doble golpe traumático. De esto se sigue que sacar a Trump del poder es la solución al trauma nacional, puesto que solamente un gobierno nacional diferente podría superar el peligro biológico y racial y restaurar la salud y la solidaridad.

JPJ

Durante la crisis COVID, han aparecido nuevos rituales y dramatizaciones sociales. En España, por ejemplo, durante el confinamiento (que fue muy severo y se prolongó durante muchas semanas), cada tarde a las ocho un número sorprendentemente grande de personas salían a sus balcones a aplaudir los sacrificios del personal sanitario que estaba combatiendo la malvada enfermedad. Muchos psicólogos han explicado este ritual como un mecanismo social para aliviar el estrés. Pero este tipo de rituales (o actuaciones dramáticas en un sentido más amplio), están siempre ligados a códigos simbólicos y narrativas específicas, y por tanto merecen un análisis cultural. ¿Has observado la aparición de nuevos rituales en Estados Unidos durante esta crisis?

JA

En zonas urbanas de Estados Unidos han aparecido rituales parecidos a los que describes para honrar y celebrar a los "héroes de la salud". Más que en términos psicológicos de reducción del estrés, entiendo estas iniciativas a través categorías sociológico-culturales: como construcciones de nuevos tótems heroicos de fuerza, coraje moral y sacrificio, que sirven para reforzar la solidaridad en un sentido civil y no fragmentado, particularista o divisor.

Como sociólogo cultural *contemporáneo*, sin embargo, me interesan menos esos rituales tradicionales (estudiados por Durkheim en *Les Formes elementaires de la vie religieuse*) que las "dramatizaciones sociales" ("*social performances*"), que conceptualizo como formas de acción simbólica más contingentes y reflexivas, las cuales permean nuestras complejas sociedades modernas.

Bajo las condiciones óptimas, una actuación o dramatización cultural exitosa puede acercar a públicos lejanos y crear experiencias parecidas al ritual, cementando la autoridad política y la solidaridad social. La razón por la que

una respuesta nacional efectiva ante la COVID-19 ha sido imposible es porque el Presidente Trump fracasó totalmente a la hora de montar dramatizaciones exitosas. El Presidente no logró generar una autoridad cultural de consenso.

Sirven de contrapunto los éxitos espectaculares de las actuaciones simbólicas de las autoridades políticas a nivel de estado y ciudad. En el número especial dedicado a la COVID y la sociología cultural de la revista *AJCS*, Celso Villegas ha reconstruido hábilmente las dramatizaciones diarias del gobernador de Ohio Mike DeWine, prestando atención al modo en que su bien merecida autoridad ritual permitió al estado de Ohio organizar una respuesta efectiva frente al virus.⁴

El gobernador de Nueva York, Andrew Cuomo, en medio de críticas durísimas por parte del presidente Trump, logró articular su autoridad simbólica mediante ruedas de prensa diarias. Estas dramatizaciones de dos horas televisadas a nivel nacional cautivaron a un público atraído por la autenticidad directa y democrática del gobernador. Como la de DeWine, la interpretación de Cuomo también se ganó a los periodistas críticos, propiciando ocasiones rituales que le brindaron la autoridad política necesaria para enfrentar el tremendo ataque viral que sufría Nueva York.

JPJ

En multitud de ocasiones, las identidades colectivas parecen asociadas a menús o paquetes ideológicos “del tipo pague dos y llévase tres”. Tales paquetes ofrecen varias narrativas juntas a pesar de que no siempre exista conexión lógica interna entre ellas. Por ejemplo, en España, gran parte de los nacionalistas españoles suelen posicionarse en defensa del catolicismo, el gobierno centralizado, el neoliberalismo económico, las corridas de toros, Israel frente a Palestina, la energía nuclear, el escepticismo o el negacionismo frente al cambio climático, la prohibición del aborto y la concepción de la izquierda política como la encarnación del mal. Recíprocamente, gran parte de la izquierda política comparte el paquete ideológico del laicismo, el socialismo, el federalismo, el ecologismo, el aborto libre, la defensa de Palestina frente a Israel, y la percepción de la derecha política como una fuerza homogénea de impureza y maldad.

4. Celso Villegas, “‘We Work On This Every Single Day’: Press Conferences as Mediatized Sanctuary in Ohio.” *American Journal of Cultural Sociology* (volume 8, issue 3, December 2020).

Estos paquetes o menús ideológicos varían según el paisaje cultural. Por ejemplo, varios países comunistas solían promover paquetes en los que el aborto, la homosexualidad y el sexo fuera del matrimonio aparecían como desviaciones contaminantes que amenazaban la pureza de la nación y la sociedad. Otro ejemplo, esta vez actual: en Estados Unidos, los conservadores suelen criticar el centralismo político del gobierno federal como una fuerza impura; justo al contrario de lo que veíamos para el caso español.

Estos paquetes ideológicos otorgan cierto grado de predictibilidad de la nebulosa ideológica de un individuo concreto una vez que conocemos uno o dos de sus ítems ideológicos. Por ejemplo, si un ciudadano americano está en contra del control de armas, muy probablemente se posiciona en contra el aborto, el poder del gobierno federal, el laicismo, las políticas para paliar el cambio climático y así sucesivamente, a pesar de la falta de conexión lógica entre las pistolas, el aborto y el cambio climático.

Desde este punto de vista: ¿cómo se han desarrollado los paquetes ideológicos en Estados Unidos durante la pandemia? ¿Podría, por ejemplo, interpretarse la negativa habitual de Donald Trump o Mike Pence a llevar mascarillas en público como una calculada actuación cuyo fin sería el de incorporar un nuevo binarismo simplista en el paquete ideológico conservador?

JA

Sin duda existen paquetes ideológicos que vinculan temas distintos entre sí; pero desde el punto de vista de la sociología cultural no es especialmente útil preguntarse si hay una conexión “lógica” entre esos temas. Más allá del mundo de la filosofía kantiana y la pragmática habermasiana, la racionalidad lógica tiene poco peso en los significados de la vida social. La Modernidad, a pesar de sus extraordinarios logros científicos y tecnológicos, es más significativa que lógica.

Esto no significa que los actores sociales no elaboren estrategias en torno a sus actuaciones. Pero lo hacen dentro de un mundo codificado y narrado cuyos patrones exceden la consideración reflexiva de los propios actores. Los actores sociales hacen todo lo posible para persuadir a otros de la sinceridad y autenticidad de sus interpretaciones, sabiendo que, si logran convencer a sus audiencias, éstas atribuirán veracidad al guion. Trump y Pence calculan que no llevar mascarilla les acercará a su fervorosa base política derechista, y sus intuiciones

dramatúrgicas han resultado ser correctas. Pero también puede ser que el cálculo, mediatizado por la cultura partidista que rodea a la Administración, haya sido errado. ¿Se dan cuenta el Presidente y el Vice-presidente de que sus teatralizaciones anti-mascarilla imposibilitan a los votantes centristas tomarse en serio su liderazgo?

LOS ENGRANAJES CULTURALES DEL PESAR Y EL DOLOR DURANTE LA PANDEMIA COVID-19

JPJ

Me gustaría que nos centráramos un momento en el caso español. Antes de que la pandemia comenzara su devastador efecto en España, los medios codificaron y representaron al virus chino con una tonalidad extremadamente sombría: el nuevo y misterioso virus que afectaba a Wuhan aparecía como una terrorífica plaga asesina producto de una dictadura opaca y maligna con serios problemas de higiene. Algo que, por tanto, no podría tener mayores consecuencias en el primer mundo democrático. ¿Podrías ofrecernos una reflexión sobre estos dobles estándares y su impacto social en las representaciones culturales de la COVID-19?

JA

Sí, fue una verdadera conmoción para la auto-conciencia occidental que, después de las primeras acciones por parte de China, temerarias y auto-destructoras, este autoritario potentado oriental llegara a controlar el virus y lograra restaurar bastante de la vida "normal". Más allá de la "nueva Guerra Fría", sin embargo, debemos entender que la disyuntiva binaria Oriente/Occidente ha sido central para la construcción del significado en Occidente durante muchos siglos, incluso desde los antiguos griegos. Esta dicotomía configuró, simplificándola, la comprensión del mundo occidental mucho antes de aquel imperialismo de la edad moderna que Edward Said propuso como explicación del orientalismo, aunque desde luego el imperialismo reforzó la visión dicotómica.

Esta lógica binaria ha sacralizado Occidente y contaminado culturalmente a China, y esta construcción deformada de significado enmarca la crítica de las naciones occidentales contra la gestión de Wuhan. A la vez, creo que es central

admitir que la centenaria clasificación de lo “no-occidental” como sinónimo de contaminado o impuro fue alimentada por los compromisos democráticos de la teoría política republicana. Como Quentin Skinner y sus colegas documentaron asombrosamente hace ya casi 50 años, aunque esas ideas republicanas empezaron con los antiguos griegos, florecieron hace mil años en las ciudades-Estado europeas que luchaban por la independencia y el auto-gobierno frente a los emperadores civiles y religiosos.

En otras palabras, la China contemporánea aparece como impura no sólo a causa del orientalismo, sino también debido a su gobierno represivo y anti-democrático. Como el Estado de partido único encaja perfectamente en la categoría veterana y muy contaminada del soberano autoritario, China “debe” aparecer como una amenaza para la ideología republicana que legitima el gobierno democrático. En este sentido, es vital entender que en el mundo contemporáneo, la dicotomía democracia / dictadura se ha liberado de la dicotomía Oriente / Occidente. ¿Cómo podría occidente identificar al “Oriente” con el autoritarismo cuando tantas naciones del Este Asiático se han convertido en poderosas democracias? Ésta es una de las principales conclusiones del libro *The Civil Sphere in East Asia*, co-editado por mí.⁵ Si el virus corona hubiera comenzado en Taiwán, Corea del Sur o Japón, hubiera sido mucho más difícil para los apologetas de Occidente invocar la dicotomía Oriente/Occidente para ocultar sus propios errores.

JPJ

Frente al construccionismo social radical y el relativismo, has defendido que, aunque la realidad no puede refutar construcciones culturales, al menos sí puede rebajar su verosimilitud. Podríamos llamar a esta imposición de la realidad sobre narrativas imaginarias o contradictorias “la mordaza de la realidad”. ¿Hasta que punto podemos esperar que la mordaza de la realidad cuestione o incluso desacredite las narrativas más fantasiosas acerca de la COVID-19, incluso cuando éstas a menudo se apoyan en mecanismos sociales y psicológicos que parecen inmunizar a los individuos contra la realidad objetiva?

5. Jeffrey Alexander, David Palmer, Sunwoong Park, y Agnes Ku, *The Civil Sphere in East Asia* (Cambridge: Cambridge University Press, 2019).

Pongamos un ejemplo extremo: en España un número considerable de personas han prestado oídos a relatos que apuntan al Partido Comunista Chino, George Soros o Bill Gates como los culpables identificables (los “malos”) de la pandemia global a pesar de que estas visiones no han copado los principales medios de producción cultural.

JA

Tengo poca fe en la capacidad de la realidad como percepción no filtrada para amordazar procesos simbólicos. La realidad es una referencia para la significación simbólica, y puede asociarse a significantes profundamente divergentes. Lo que puede cuestionar fantasías conspiranoicas absurdas y surrealistas no es la realidad, sino actuaciones culturales que codifiquen las ciencias y el razonamiento calmado como sagrados, en vez de como profanos.

Los movimientos sociales progresistas a menudo participan de tales dramatizaciones, pero también los conservadores moderados han interpretado la racionalidad equilibrada con buenos resultados. Los ideales de la Ilustración, las estructuras culturales que soportan la justicia, la libertad y la igualdad, no se nutren de la realidad sino de actuaciones culturales exitosas que las hacen *parecer* reales, así como de personificaciones icónicas magnéticas, tales como las figuras cosmopolitas de Kant, Marx, Freud y Einstein.

EL PAPEL CULTURAL DE LO INCONSCIENTE, LO NO-RACIONAL Y LO SAGRADO EN LA COMPRENSIÓN DE LA PANDEMIA ACTUAL

JPJ

Vayamos ahora más allá de los casos específicos de Estados Unidos y España y centremos la atención en una escala más global. Frente a las concepciones ingenuas de la cultura y la sociedad, y frente a lo que parece sugerir el sentido común, has defendido que en la sociedad no existe la verdad como representación fotográfica y hay muy poco espacio para la verdad objetiva. ¿Podrías darnos un ejemplo de esta tesis en relación con la pandemia? ¿Cuáles crees que son las consecuencias principales de los errores del realismo ingenuo a la hora de entender esta crisis global?

JA

Los periodistas y los intelectuales y académicos críticos han tendido a interpretar los fracasos a la hora de abordar eficazmente la crisis de la COVID como efecto de no haber sido suficientemente racionales y científicos y haber caído en la supuestamente nueva trampa del mundo de la post-verdad. El problema con este realismo epistemológico ingenuo es que permite a los de un bando criticar a los de otro como charlatanes irracionales, mientras se presentan a sí mismos como lo opuesto. Cuando las ciencias sociales se estructuran en torno a este binarismo, se ven capturadas por sucesos e ideologías en disputa, en lugar de proporcionar una plataforma para explicarlos e interpretarlos. Para alcanzar una plataforma que ofrezca reflexividad, hay que recurrir a la sociología cultural, especialmente en su versión del Programa Fuerte.

JPJ

Desde los milenarios mitos de la Antigüedad hasta el presente, las sociedades han desarrollado relatos muy variopintos sobre la humanidad, tanto utópicos como apocalípticos. Ambas perspectivas han coexistido y coexisten simultáneamente. Buenos ejemplos actuales son las divergentes visiones del presente y el futuro ofrecidas por intelectuales públicos como *Bruno Latour*, *Noam Chomsky*, *Steven Pinker*, *Byung-Chul Han*, *Sam Harris* o *Greta Thunberg*. Sin embargo, a pesar de esta pluralidad de percepciones culturales de los mismos o parecidos acontecimientos, todas parecen compartir las mismas estructuras culturales (códigos binarios, categorías de lo puro y lo contaminado, etc.). Mi pregunta es: ¿Cómo crees que los relatos de la COVID-19, aún en pleno desarrollo, han afectado a las famosas narrativas occidentales utópicas y apocalípticas?

JA

Esta pregunta es demasiado amplia para abordarla en el espacio de esta entrevista. Para empezar a responderla, podría decir que los relatos apocalípticos del fin del mundo son estructuras profundamente arraigadas en nuestra imaginación cultural, y lo han sido durante milenios. Mi colega y antiguo alumno Philip Smith ha analizado la idea de las narrativas arquetípicas de Northrup Frye desde el punto de vista de la sociología cultural, demostrando que la comedia y

la ironía ayudan al disenso, el romance inspira la reforma, y los relatos trágicos y utópicos alimentan guerras y revoluciones.⁶

La sociología cultural nos permite ver que la percepción de un apocalipsis inminente, y los miedos que éste genera, es una estructura de significado que los actores sociales han impuesto sobre un peligro biológico que plantea enormes retos a la salud pública. La crisis COVID también está siendo narrada a través de códigos románticos, como el de nuestros héroes de la salud pública; y también se ha despreciado como cómica y mundana, tanto por la extrema derecha como por la extrema izquierda. En lugar de evaluar la veracidad o las inclinaciones ideológicas de tales elecciones de género, la sociología cultural observa el significado y la energía que confieren a quienes las usan en sus actuaciones y sus efectos simbólicos productivos.

FRACTURAS Y REPARACIONES CIVILES EN LA CRISIS ACTUAL

JPJ

Siguiendo una larga tradición de antropólogos, sociólogos y semióticos, has subrayado el papel central y estructural de las oposiciones dicotómicas en la cultura. Parece que, en nuestra vida social, nuestro aparato cognitivo no puede librarse de ellas. Pero podemos, sin embargo, criticar y abandonar los códigos binarios extremadamente simplistas, como los defendidos por las ideologías políticas o religiosas más maniqueas.

El problema es que estas dicotomías radicales parecen funcionar como potentes “pegamentos sociales”. A pesar de representaciones colectivas comunes y de vínculos reales de empatía y solidaridad colectivos, las esferas civiles están fragmentadas por oposiciones binarias, por ejemplo entre el norte y el sur, el este y el oeste, el campo y la ciudad, diferentes clases sociales, grupos étnicos, expectativas de género, representaciones políticas y religiosas grupales y otras. Independientemente del caso empírico que elijamos, no parece posible una esfera civil sin dicotomías sobre comportamiento y valores civiles frente a comportamientos y contravalores incívicos. Parece que, aunque ésta se dé en

6. Philipp Smith, *Why War? The Cultural Logic of Iraq, the Gulf War, and Suez* (University of Chicago Press, 2005).

diversos grados, nos encontramos ante una propiedad estructural de toda esfera civil. ¿Cómo has visto esta tensión últimamente?

JA

Puedo responder de forma simple: en mi opinión, la justicia y el bien común no se logran eliminando la dicotomía cívico/anti-cívico que posibilita el significado de los conflictos sociales; se logran reconfigurando los significados de estos ineludibles significantes. Cuanta más justicia (si usamos el sentido rawlsiano del término), más expansiva se vuelve la significación de aquello considerado como civil, extendiéndose a más clases, sexos, regiones y religiones, reduciéndose a la vez a la aplicación del signifiante "anti-civil". Tal vez algún día nuestra pasión por dicotomías excluyentes y contaminantes se limite a las esferas estéticas y recreativas, a los equipos de fútbol "enemigos" y las pinturas "feas".

JPJ

Además de esta tensión estructural dentro de cada esfera civil, las esferas civiles también se encuentran en conflicto con otras esferas de la sociedad, como la política, la económica o la familiar. Este conflicto, en mayor o menor medida, siempre está ahí. Frente a la insistencia de Parsons en rebajar la importancia de los componentes excluyentes de toda sociedad, has subrayado que en toda sociedad hay una tensión entre tendencias inclusivas y excluyentes. De este modo, explicas el conflicto social desde una perspectiva distinta a la de las teorías del conflicto. ¿Cuáles crees que son las principales ventajas de la sociología cultural frente a dichas "teorías del conflicto" a la hora de explicar fracturas civiles contemporáneas, desde el asesinato de George Floyd a las guerras culturales entre progresistas y conservadores alimentadas por la pandemia?

JA

La división entre teorías del conflicto y teorías del orden ya no sirve para entender las líneas divisorias contemporáneas de la teoría sociológica. Pero dado que la teoría del conflicto solía oponerse a explicaciones culturales de cualquier tipo, asociándolas con el funcionalismo normativo, el espíritu de las teorías del conflicto sobrevive en un amplio espectro de teorías sociológicas actuales pseudo-materialistas, instrumentalistas y reduccionistas.

La mayor parte de las teorías del poder político siguen siendo mecanicistas, incapaces de referirse a los sistemas de significación por los cuales el poder se convierte en autoridad mediante un proceso de legitimación. Estoy pensando en las perspectivas de pensadores como Michael Mann o Charles Tilly, frente a los cuales antiguos alumnos míos han elaborado contra-argumentos y modelos desde la sociología cultural.⁷⁷

Paradójicamente, dado que las perspectivas mecanicistas del conflicto son incapaces de reconocer la relativa autonomía de la cultura, han fracasado a la hora de desarrollar explicaciones convincentes del conflicto social. Las luchas por el poder son luchas sobre el control de la representación simbólica, puesto que el poder dramático es la autopista hacia el poder material.

JPJ

Para terminar, ¿cómo crees que la falta de existencia de una esfera civil global ha afectado a la pandemia COVID y a sus diversas respuestas nacionales y culturales?

JA

La pandemia es global, pero las organizaciones efectivas que movilizan las respuestas sociales a la misma son nacionales. Esto es una desventaja tremenda, porque promueve la competencia por recursos escasos en vez de la distribución coordinada y favorece políticas nacionales centrifugas que a menudo se contradicen y anulan entre sí.

Incluso las organizaciones globales de salud existentes se han visto socavadas por la política nacionalista de las grandes potencias. El fracaso en crear una esfera civil global con un discurso compartido y mediatizado por instituciones independientes tanto reguladoras como comunicadoras es una humillación para la humanidad. Desde la Liga de las Naciones en adelante, ha habido un largo camino de falsas esperanzas y promesas rotas. Sin una esfera verdaderamente global, las posibilidades morales de las esferas civiles nacionales estarán constreñidas por contradicciones inevitables, alimentando miedos reales de aniquilación material en las relaciones internacionales.

7. Jason Mast, *The Performative Presidency*, (Cambridge: Cambridge University Press, 2012); Isaac Reed, *Power in Modernity* (Chicago: University of Chicago Press, 2020).